

acciones pueden considerarse como funciones sacrificatorias formales y públicas. Del carácter sacrificial de la presentación de Jesús en el templo nos habla bien alto el rito con que es celebrado y la profecía de Simeón. En conexión íntima con la oblación de María en el templo está su presencia junto a la Cruz»⁴⁴. Pero de esta última no tratan los textos litúrgicos que hemos examinado, si los de otros periodos de la Liturgia de la Iglesia, como ya se ha indicado.

María, Madre de Reconciliación en el Himno Akathistos

Por A. Molina Prieto

⁴⁴ M. J. Scheeben-Carlos Feckes, *Madre y Esposa del Verbo encarnado* (Bilbao 1955) pp. 230-31.

I.—TEOLOGIA MARIANA DE UN SINGULAR POEMA

De este documento excepcional hablan todas las Patrologías, Mariologías, Liturgias e Historias de la devoción mariana. Es inmensa la bibliografía, como son incontables los artículos especializados y atinadas recensiones que la investigación sobre el mismo ha provocado desde la valiosa aportación hecha por De Meester (1904) hasta la más reciente de Toniolo en el Congreso Mariológico de Croacia¹. Para convencerse de este abundante movimiento bibliográfico basta consultar a Bessutti². Entre nosotros se ha ocupado del *Akathistos*, con su habitual maestría y competencia nuestro dilecto P. Ortiz de Urbina³.

En un preámbulo introductorio muy breve, nos interesa presentar, al margen de otros aspectos, los valores permanentes del *Akathistos* como poema sobre la Encarnación, y los principales datos esenciales de esta auténtica joya de la himnología bizantina.

1. VALORES PERMANENTES

Son muchos los que contiene este singular texto de la liturgia bizantina, no demasiado conocido en las Iglesias de Occidente. Para ponderarlo como es debido, se podrían tejer, sin esfuerzo, toda suerte de justificados elogios basados fácilmente en sus reales méritos. Digamos con sencillez que estamos ante el poema mariano más célebre de la Iglesia bizantina y de la liturgia de todos los tiempos, obra literaria maestra, altísima expresión contemplativa y laudatoria del culto a la Virgen Madre. O como dice Toniolo: «Capolavoro di letteratura e fino ad oggi espressione di vissuta pietá mariana nella Chiesa bizantino-slava»⁴.

Cuando aludimos a sus valores permanentes no nos referimos

1 P. de Meester, 'L'inno acatisto', en *Besarione* 3 (1904) pp. 9-16; 159-65; 252-57; 9 (1904) 36-40; 134-42; 213-24. El autor examina el himno bajo diversos aspectos: histórico-cronológico, textual, estructural, métrico, devocional. Falta el aspecto propiamente teológico. E. Toniolo, 'L'inno acatisto, monumento di teologia e di culto mariano nella chiesa bizantina', en *Acta Congressus Mariologici-Mariani Internationalis in Croatia anno 1971 celebrati*, vol. IV (Romae 1972) 1-39.

2 G. Bessutti, *Bibliografia Mariana 1967-72; 1973-77* (Roma 1982) pp. 61 ss.

3 I. Ortiz de Urbina, 'En los albores de la devoción mariana', en *Estudios Marianos* 35 (1970) 11-20.

4 Art. cit., p. 1.

sólo a la vertiente literaria donde la métrica, el ritmo y la poesía se funden de forma prodigiosa en el más perfecto acróstico salido de la mente humana. Porque el himno *Akathistos*⁵ es en su estructura externa un poema que sigue, no las reglas de la prosodia cuantitativa clásica, sino las leyes de la isosilabía y de la isotonía, es decir, igual número de sílabas y de acentos en las estrofas y versos: pausas regulares, homofonía conseguida de rimas perfectas y de asonancias, paralelismo de tipo hebreo-siriaco en los *jairatismoi* que se corresponden, dos a dos, tanto en el metro como en el concepto⁶.

Perteneciendo al género himnográfico bizantino denominado *Kontakion*⁷, se trata de una composición poética de distintas estrofas llamadas *troparios* (modulaciones) de modo análogo a las canciones de nuestros poetas medievales donde se observa la estrofa-modelo (*eirmós*) terminada con final idéntico (*efimio*) y sometida a las exigencias del acróstico alfabético que concatena de modo estructural y mnemotécnico toda la composición.

Consta de 24 estrofas (*oikoi*) en dos formas distintas: 12 dispares después de la introducción métrica narrativa, se prolongan con doce saludos o aclamaciones (*jairatismoi*) finalizados con el *efimio* «jaire, nýmpe anýmpeute»: Salve, ¡Virgen y Esposa!

Por el contrario, las doce estrofas «pares» cierran la parte métrica narrativa con el *efimio* «Aleluya». Dejando a un lado otros curiosos detalles, digamos que algunos autores como Christ Parinikas, Trypanis y Tomadakis, computan seis versos para las estrofas pares, y 18 para las dispares, con un conjunto de 288 versos y 3444 sílabas⁸. La elección del número doce como «clave» en un himno consagrado a María tiene motivaciones prácticas y simbólicas. Meeserman avanza la hipótesis de una interpretación mariana del capítulo 12 del Apocalipsis con la Mujer vestida del sol y coronada por doce estrellas⁹.

El *Akathistos* es un *kontakion* nacido como canto *idiomelo* que se cantaba y escuchaba *estando en pie* (de ahí el nombre) en el cual todo el conjunto (isosilabía, isotonía, pausas, rimas y ritmo) viene impuesto por obvias razones de elegancia estilística y musical seguidas puntualmente.

El paralelismo introducido en los «jaires» es rígidamente respetado: paralelismo de forma métrica, tónica y homofónica, paralelismo simultáneamente literario y conceptual en sus diversos órdenes sinónimo, antitético, progresivo y sintético. La lectura y más todavía

5 Sobre las diversas interpretaciones del término «Akathistos» propuestas por los autores, cf. De Meester, 'L'inno acatisto', in *Besarione* 8 (1904) 10-11; 9 (1904) 37-38.

6 E. Toniolo, art. cit., pp. 2-9.

7 Cf. E. Toniolo, *ibid.*, pp. 2 ss.

8 Cf. E. Toniolo, *ibid.*, notas 1-10.

9 G. G. Meeserman, *Hymnos Akathistos* (Freiburg 1958) pp. 11-12; cf. E. Toniolo, art. cit., nota 7.

el canto reciben una modulación rítmica y armoniosa, agradable y fácil que ayudan a saberlo de memoria.

A juicio de Toniolo la inspiración-base no viene de los poemas griegos, sino especialmente de la Biblia y quizá también de las composiciones poéticas siríacas, a estilo de S. Efrén. Se ha dicho que sobre el Himno *Akathistos* se podría componer un tratado de poesía¹⁰.

Pero las razones de su valor permanente son, evidentemente, de otra índole y trascienden las fronteras literarias. En efecto el *Akathistos* constituye para los estudiosos:

- La más antigua «devoción» mariana que se conoce, entendiéndose por devoción una serie de oraciones dirigidas a Nuestra Señora¹¹.
- Un compendio patrístico de teología mariana, o sea una «piccola somma di mariologia arcaica»¹².
- Un poema sobre el Verbo Encarnado, camino y meta del hombre divinizado cuyo centro de gravedad saca su pura linfa de las Escrituras y Padres orientales, y en el que todos los «Aves» rezuman sólida y sana doctrina teológica.
- El más célebre y popular de los *himnos akathistos*¹³ de la liturgia oriental bizantina (se conocen otros plagiados o inspirados en él). Compuesto para la liturgia de alabanza en honor de la *Theotokos*. Pretende sobre todo hacer vivir un momento eclesial de experiencia mística celebrando a María.
- Dentro de la visual del himno *Akathistos* por antonomasia, la *Theotokos* está presente y operante en toda la extensión del misterio. Dondequiera que la humanidad de Cristo es fuente de vida, allí está María que le ha dado carne. Allí está inscrita su figura de Virgen y su acción de Madre.

En estos grandes parámetros doctrinales radican los valores permanentes del *Akathistos*, por encima de otros interesantes aspectos o enfoques.

2. AUTOR, DATAION, TEXTO Y METODOLOGIA

Son datos fundamentales para la presentación del poema. Los exponemos sumariamente de manera esquemática. En cuanto al autor, criterios internos de análisis sugieren un período anterior que oscila entre el fin del siglo v y comienzos del vi. Ciertamente, es posterior a una Homilía sobre la Madre de Dios, de Basilio de Seleu-

10 Cf. E. Toniolo, art. cit., nota 12.

11 Cf. I. Ortiz de Urbina, art. cit., p. 11.

12 Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 24.

13 Se conocen otros himnos «akathistos» plagiados sobre el primero en honor de la Virgen y de los Santos. Cf. J. B. Pitra, *Analecta Sacra* I (Paris 1876) 263-72, donde incluye un «akathistos» dedicado a la Asunción de la Virgen. (Vid. E. Toniolo, art. cit., nota 3).

cia del cual depende¹⁴, y anterior al *kontakion* de Romano el Melode sobre el Patriarca José¹⁵.

La paternidad de Romano tiene muchos partidarios y ha originado multitud de estudios además de muchas polémicas. Se advierten, desde luego bastantes discordancias de estilo y de contenido entre el *Akathistos* y los himnos de Romano. La mayor parte de los manuscritos antiguos lo copian como anónimo.

Siendo prácticamente inexistentes y de escasa fuerza probativa, los testimonios externos directos, muchos expertos (filólogos, historiadores, patrólogos, teólogos y liturgistas) se valen principalmente de criterios internos. Las conclusiones deben aceptarse con reservas porque, con frecuencia, un mismo argumento sirve para apoyar conclusiones contradictorias¹⁶. Ningún editor serio se atreve hoy a señalar nombre de autor concreto.

En cuanto a la fecha de su composición se consolida la hipótesis de que surgió entre fines del siglo v y comienzos del vi¹⁷. De la probable interdependencia entre Romano y el *Akathistos* no es lícito concluir de manera apriorística y arbitraria en favor de la prioridad de Romano.

Siendo, pues, evidente y literal la dependencia del *Akathistos* con respecto a Basilio de Seleucia¹⁸, se puede deducir con certeza la posterioridad de nuestro himno estableciendo así un *terminus a quo*: la mitad del siglo quinto, es decir después del año 450, fecha aproximada de la muerte de Basilio (c. 458). El *terminus ante quem* hay que fijarlo necesariamente sobre el 800, en que se data la antigua versión latina del Obispo Cristóforo. Téngase en cuenta que el Sinaxario¹⁹ además de no ser relato contemporáneo de los hechos narrados nada dice sobre la composición del himno.

Después de recordar la prodigiosa liberación de Constantinopla el año 626, bajo el Emperador Heraclio y el Patriarca Sergio, alma de la resistencia, se limita a decir que el himno fue cantado y escuchado *de pie* durante toda la noche, manteniéndose dicha costumbre desde entonces, de donde derivó el nombre con que se le designa²⁰.

No ofrece otros datos, por consiguiente, para fijar con exactitud la fecha. Por lo que concierne al texto, puede sorprender que todavía no exista una edición crítica del himno a pesar de los intentos realizados. Confrontando las mejores ediciones (Aldo Manuzio, Christ-Paranikas, Pitra, Trypanis) cabe afirmar, a juicio de los expertos²¹ que el texto presentado en las mismas es casi idéntico y siempre

14 Cf. E. Toniolo, art. cit., nota 15.

15 Cf. E. Toniolo, art. cit., nota 16.

16 Cf. E. Toniolo, art. cit., pp. 12-14 con las respectivas notas.

17 Cf. E. Toniolo, *ibid.*

18 Cf. E. Toniolo, *ibid.*, p. 12.

19 Cf. PG 92, 1348-1353.

20 Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 10, nota 14.

21 Cf. E. Toniolo, art. cit., pp. 18-21.

atendible, pudiendo basarnos con seguridad en él para un estudio mariológico²².

Finalmente, una palabra acerca de la metodología teológica seguida por el anónimo himnólogo. Sobre un doble gozne histórico-dogmático se mueven las 24 estrofas del *Akathistos* coronadas en una cuidada alternancia —como ya quedó dicho— por doce *aleluyas* y doce «salve, Virgen y Esposa». La parte histórica manifiesta una clara impostación cristológica²³. Responde mejor al formulario de la primitiva fiesta de la Encarnación instituida en el siglo vi. La parte dogmática tiene trama y contenido propiamente marianos²⁴. El autor no pretende ofrecer en su esmerada composición ni un tratado doctrinal, ni una homilía circunstancial. Obviamente, es un gran poeta, un teólogo insigne, un contemplativo consumado²⁵.

El *Akathistos* es ante todo y sobre todo, un himno incorporado al culto litúrgico porque traduce en síntesis orante la fe que la Iglesia profesa en su tiempo. Por ello ni defiende una doctrina ni la expone. Simplemente propone con gozo el dato de fe que se posee como algo propio. Busca la contemplación del misterio en el cual se cree y del cual se vive. En consecuencia, no se trata de una búsqueda fatigosa, sino de una jubilosa posesión. Su contenido abraza cuanto de más auténtico y seguro nos enseña la Fe sobre María.

Sus fuentes son la Escritura y la Teología de los Padres sin concesiones a los temas de inspiración apócrifa. Asertos, figuras, imágenes, aclamaciones, súplicas, letanías de títulos y glorias se enlazan con insuperable acierto estético y arquitectónico para una liturgia contemplativa de alabanza mariana. Los *aleluyas* y *jaires* constituyen áureos anillos conjuntivos que ensartan magistralmente las depuradas estrofas del inmortal poema religioso²⁶.

II.—ALGUNAS PRECISIONES

Como puede colegirse del título de nuestro estudio no nos ocupamos del *Akathistos* como «expresión sublime de culto mariano en la Iglesia bizantina-eslava». No nos referimos a su favorito uso litúrgico ni al puesto privilegiado que tiene en la devoción privada de los fieles, comparables al conseguido por nuestro Rosario entre los católicos fervorosos de Occidente.

Piénsese que el *Akathistos* tiene una fiesta litúrgica propia con canon también propio, el quinto sábado de cuaresma muy próxima habitualmente a la fiesta de la Anunciación de María. Se canta todos

22 Toniolo aduce las principales variantes de las mejores ediciones: *Ibid.*, pp. 21-24, nota 19.

23 I. Ortiz de Urbina, art. cit., p. 13.

24 Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 24.

25 J. Castellano, *Akathistos, Canto litúrgico mariano* (Roma 1979) p. 11.

26 Cf. E. Toniolo, art. cit., pp. 24-26.

los sábados de Cuaresma, y en los monasterios todos los sábados del año. Muchos fieles lo recitan a diario.

Con ser aspectos muy interesantes no entran en los confines del tema que exponemos, meramente mariológico. Tampoco tratamos directamente (aunque haremos algunas reflexiones al final) de la vertiente crítica del poema en cuanto es punto de convergencia de una caudalosa corriente patrística anterior que arranca o está representada por Cirilo de Alejandría († 444), Proclo de Constantinopla († 446) y Basilio de Seleucia († c. 453), ni en cuanto el himno es una aportación decisiva en la posterior tradición bizantina hasta la formulación de Nicolás Cabasilas († c. 1380).

En cambio, sí lo estudiamos en cuanto expresa un momento culminante de la mariología oriental de los siglos de oro, y posee una cautivadora impronta de frescor perenne. Tenemos muy en cuenta que el centro neurálgico del poema es el dogma mariano profesado en Efeso, o sea María en el misterio del Verbo Encarnado, porque a este núcleo cristológico-mariológico se reduce el contenido doctrinal del himno: el misterio integrado por María y María en el misterio del Verbo Encarnado²⁷.

Desde esta perspectiva —insistimos— predilectamente contemplativa, el himnólogo testigo de una fe pacíficamente poseída, armoniza la profundidad teológica y la efusión lírica presentándonos a María Madre reconciliadora y Medianera. En nuestra exposición hemos preferido seguir una metodología análoga a la del autor. Para él su himno de alabanza es una contemplación primariamente cristológica pero simultáneamente mariana. Donde la humanidad de Cristo es fuente de vida, allí está María que le ha dado el cuerpo, con presencia operante y salvífica²⁸.

Permitásenos observar que la historia del dogma mariano en el Oriente presenta al siglo v —fecha probable de la redacción del *Akathistos*— como un testigo de revelante importancia. Notemos que el final del siglo v nos enfrenta a la división de las Iglesias de Oriente cuyas diferentes ramas continuarán, separadamente y con ritmo diverso, esta evolución, rápida y eficaz bajo el estímulo imperial en la bizantina, más lenta pero autónoma en la jacobita y nestoriana²⁹.

Queremos excusarnos por la forma sucinta, a veces incluso tangencial, con que aludimos a ciertas cuestiones. Hubiera resultado demasiado prolijo tratar de forma exhaustiva todos los puntos. Ni lo hemos intentado ni sería tal vez posible dado el carácter anónimo del autor y la fecha incierta de composición.

Deseamos subrayar la trascendencia que tiene que conseguir al-

27 Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 27.

28 Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 26.

29 R. Caro, 'Revalorización de algunas homilías marianas del siglo v', en *Marianum* 29 (1967) 3.

guna clarificación en el estudio mariológico del *Akathistos*. Tal fue al menos nuestro intento. Jouassard ha señalado con su reconocida competencia el terreno donde se ha de buscar la historia del dogma mariano en el siglo quinto: *la homilética y la himnología*³⁰.

Esta observación del eminente patrólogo nos ha animado a querer desentrañar parcialmente el rico filón mariológico de un himno litúrgico bizantino cuya riqueza doctrinal bebida en las fuentes reveladas, dista mucho de ser justamente apreciada, según pensamos.

III.—MADRE DE RECONCILIACION

En la parte dogmática del poema referente a los misterios de la fe, resalta con nitidez lo virginal y lo maternal de María. Así, desfilan ante los ojos extáticos del creyente su vida inmaculada, la concepción virginal de Cristo, divina maternidad, María defensa y modelo de vírgenes, María fuente de los sacros misterios bautismales. Siguiendo las huellas de Proclo y Basilio de Seleucia presenta a María como misterio objeto de fe en tres aspectos: concepción virginal, parto virginal, divina maternidad.

Pero el misterio mariano aparece como una irradiación del todavía más profundo misterio del Verbo Encarnado: de él depende y a él conduce. María es con relación al Hijo como el rayo luminoso respecto del sol.

Es reverbero, garantía y prueba de la Encarnación del Hijo³¹. Veamos algunos versos del himno: «Salve, lucero que al Sol nos anuncias»³²; «Salve, iniciada en los misterios de una voluntad inefable; Salve, fe de acontecimientos que reclaman silencio»³³; «Salve, aurora del místico Día, Ave Tú que iluminas a los iniciados en los misterios de la Trinidad»³⁴; «Salve, dintel del agosto misterio»³⁵; «Salve, oh rayo del sol verdadero, Salve destello del Sol sin ocaso, Salve fulgor que iluminas las mentes»³⁶.

El tema-base corresponde al período pos-efesino que retiene sin temores de confusión la definición dogmática de la unión hipostática y de la maternidad divina de la Virgen³⁷. Para proceder con cierto orden en la exposición del tema que se centra en María como Madre de reconciliación y salvación, o simplemente como Medianera de reconciliación salvadora, agrupamos nuestras reflexiones en los si-

30 Cf. G. Jouassard en *Virgo Inmaculata* IV, pp. 44-45.

31 Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 27.

32 *Estrofa* I, verso 14 (para citas sucesivas: I, 14).

33 III, 6-7.

34 *Akathistos* IX, 7-9.

35 *Akathistos* XV, 7.

36 *Akathistos* XXI, 6-8.

37 Cf. S. Meo, *La «Theotokos» nel Concilio Ecumenico di Efeso (a. 430)* (Roma 1979) pp. 54-59.

güentes apartados: 1) el misterio «Cristo-María y la humanidad caída»; 2) el misterio de María operante en la Iglesia; 3) María medianera del pueblo de Dios peregrino; 4) funciones salvíficas de mediación e intercesión en la línea doctrinal de Basilio de Seleucia.

Esta división tiene obvias ventajas didácticas, pero somos conscientes de que no es posible deslindar partes íntimamente unidas que se incluyen o reclaman mutuamente. En nuestro caso y dada la peculiar estructura externa e interna del himno, vienen a ser como diversas panorámicas o secuencias de una realidad indivisible que se cree, se contempla, se ama y se vive.

1. EL MISTERIO «CRISTO-MARIA» Y LA HUMANIDAD CAÍDA

Desde el principio del poema comienza a perfilarse la amable silueta de una Madre que actúa como Medianera de reconciliación, porque se abre la escena inicial presentando el total contraste entre la Anunciación y la caída. Según avanza la composición se ilumina con nuevos resplandores la imagen de la *Theotókos*. Siguiendo a Meesserman traductor alemán del himno veamos el resumen como esquema de conceptos esenciales de todo el poema.

1. El ángel anuncia a la Virgen que dará a luz al Salvador.
2. Pregunta María cómo será esto, siendo Ella Virgen.
3. El ángel recuerda en su respuesta la omnipotencia divina.
4. La potencia del Altísimo cubre con su sombra a María y el Verbo se hace hombre.
5. María visita a Isabel cuyo Hijo exultante en el seno materno saluda a la Madre de Dios.
6. José ignorando el misterio se debate en dudas sobre su esposa, pero al conocer la concepción virginal, por obra del Espíritu Santo, se goza en el Señor.
7. Los pastores adoran a Cristo en Belén.
8. Una estrella aparece a los Magos.
9. Ellos adoran al Rey Supremo y depositan sus regalos.
10. Vuelven a Oriente y anuncian por todas partes a Cristo.
11. La Virgen y su divino Hijo huyen a Egipto. A su paso los ídolos se desploman.
12. Simeón acoge al Niño en sus brazos y lo reconoce como Salvador. Las doce estrofas de la parte dogmática ofrecen este contenido esencial.
13. En el nacimiento del seno virginal, el Creador produce una nueva especie de criatura.
14. Este extraño nacimiento nos vuelve extraños al mundo y nos convierte en una vida nueva para Dios.
15. De parte de Dios el misterio de la Encarnación no significa

un descenso sobre la tierra, sino un acto de condescendencia hacia los hombres por el cual el Verbo se encierra por completo en el seno de María.

16. Los ángeles admiran el misterio de Dios inaccesible que se hace hombre accesible a los seres humanos.
17. Los sabios de este mundo, incrédulos, permanecen estupefactos incapaces de comprender cómo una Virgen puede dar a luz.
18. Los fieles se inclinan y entienden que el Pastor se convirtió en cordero para ser uno de nosotros.
19. La Virgen es la protectora de todos los que se refugian en Ella, especialmente de las Vírgenes.
20. Ninguna alabanza es suficiente para cantar dignamente todos los rasgos de bondad divina hacia los hombres.
21. La Virgen es fuente de luz porque ilumina al mundo.
22. El Salvador nacido de la Virgen paga las deudas de todos los hombres.
23. Glorificación de la Virgen, templo vivo del Verbo.
24. Plegaria a la Virgen Medianera para que nos proteja de todo mal así como de la ira divina³⁸.

Observamos que la idea-eje coordinadora es siempre la contraposición «Anunciación-Caída». En esta antítesis de recapitulación no sigue el autor la línea «Justino-Ireneo-Epifanio» centrada en el tema de la virginal obediencia reparadora de la rebeldía, sino que prefiere la línea inspiradora de «Atanasio-Capadocios-Padres efesinos», más atentos a una Virgen que media como reconciliadora entre Dios y el hombre: *Salus per Virginem*³⁹.

El *Akathistos* acentúa la virginidad de María para exaltar a continuación la divina maternidad. Hay una conjunción equilibrada entre el aspecto personal soteriológico —*Salus per Virginem*— y el aspecto maternal salvífico: *salus per Virginem Matrem*. Ahora bien, la virginidad de María —«Azucena de intacta pureza, corona de continencia»⁴⁰— constituye un bien paradisiaco, angélico y escatológico que vuelve a aparecer en el mundo con su nacimiento. Asume en el plano de la salvación un papel de mediación no sólo para Eva (Ireneo), o para la mujer (Severiano) sino en favor de toda la humanidad (Basilio-Niseno). Se expresa así en términos de virgi-

³⁸ Además del texto griego y la versión latina, utilizamos las siguientes ediciones o versiones en italiano: D. Barsotti, *Inno Akathistos a la Divina Madre* (Roma 1959); D. Casagrande, versión en su obra *La Madonna nel mistero della salvezza* (Roma 1975) pp. 194-202.

³⁹ Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 28 ss.

⁴⁰ *Akathistos* XIII, 6-7: «Ave flos incorruptibilitatis, ave corona continentiae».

nidad inviolada e inviolable la acción personal soteriológica de María.

Toda la estrofa XIII centrada en la concepción virginal de la *Theotokos* desarrolla con lírico vigor el tema de la virginidad de Nuestra Señora. El trasfondo de este «oecus» (estrofa) encierra la escena del paraíso terrenal y el compasivo remedio divino, puesto que Dios se ha encarnado en una Mujer-Virgen: «Germinando en un seno incorrupto, lo conserva intacto cual era»⁴¹.

Ella aporta perdón reconciliador como nuevo árbol del Edén cargado de frutos vitales. El símil del paraíso invade la mente exultante del poeta a través de todo el himno, mostrándonos la antítesis de la fatal caída. Así prorrumpe:

- Aquel seno por Dios fecundado, germinó como fértil arada para todo el que busca la gracia⁴².
- Salve, oh campo fecundo de gracias copiosas, salve oh mesa repleta de dones divinos⁴³.
- Salve, frutal exquisito que nutres a los fieles, ramaje frondoso que a todos cobija⁴⁴.

Las metáforas agrícolas se multiplican designando la función de la Madre virginal y divina del Salvador: «Salve, oh tallo del verde retoño, oh rama del Fruto incorrupto. Salve Tu cultivas al piadoso Arador, Tu engendras al creador de nuestra vida»⁴⁵.

El papel de esta singular Madre es, por tanto, radicalmente reconciliador, eminentemente reconciliador, *totus quantus* reconciliador: «Salve llevaste en el seno a quien guía al errante. Al mundo entregaste a quien libra al esclavo. Tú eres propiciadora ante el Juez verdadero y perdón de cuantos han torcido el sendero»⁴⁶. Ella con su vida inmaculada de «Virgen y Esposa» es oloroso incienso que sube hasta el cielo volviéndonos favorable al Señor: «Salve incienso de grata plegaria, ofrenda que al mundo concilia, clemencia de Dios para el hombre, del hombre con Dios confianza»⁴⁷.

La nueva creación que se hace presente en la Virgen es el Paraíso de Dios. No sólo se trata de la antigua creación renovada en la inocencia sino una creación que en Ella participa de la inmortalidad porque en su Persona se anticipa la vida futura y se manifiesta el Reino de Dios. El árbol del paraíso está presente en el mundo y María viene a ser su nueva flor y fruto.

41 *Akathistos* XIII, 2: «Ex ventre germinavit sine semine, ipsumque ventrem reliquit sicut erat, incorruptus».

42 *Akathistos* IV, 3-5.

43 *Akathistos* V, 10-11.

44 *Akathistos* XIII, 10-11.

45 *Akathistos* V, 6-9.

46 *Akathistos* XIII, 12-15.

47 *Akathistos* V, 14-17.

Dios ha cumplido con creces sus promesas: si Cristo es el don del Padre, María es la Virgen pura que en primer lugar y más que toda criatura ha recibido dicho don y lo posee como su propia riqueza. La inmortalidad reviste de gloria el alma de la Virgen y este don se hace visible en su virginal pureza.

Su perfecta virginidad se identifica en la teología de los Padres con su santidad sin mancha: integridad absoluta de fe, total esperanza sobrenatural, perfección consumada en el amor divino. El aspecto maternal soteriológico de María se refleja en el hecho de su virginidad fecunda y el modo dinámico de actuación, siempre sumisa a la voluntad del Señor.

El «jaire» del ángel Gabriel es anuncio de gloria universal que anula la sentencia y condena la culpa. Hemos sido gozosamente salvados «per Virginem Matrem», porque su virginidad nos obtuvo el perdón y sobre todo nos dió al Redentor:

- Ave, por Tí resplandece la dicha, por Ti se eclipsa la pena. Ave Tú levantas a Adán el caído y rescatas el llanto de Eva⁴⁸.
- Ave, por Tí es despojado el averno, y por tí fuimos revestidos de gloria⁴⁹.
- Ave, atavio que cubre al desnudo⁵⁰. Ave, por Tí fue borada la culpa y por Tí Dios nos abrió el paraíso⁵¹.

En la arrebatada visual del *Akathistos* la antítesis «Caída-Redención» no es en modo alguno estática o pasiva, sino esencialmente dinámica en cuanto el pecado original «coaccionó» en cierta manera a la divina misericordia. Pieza maestra —en alguna medida— de todo el designio redentor es María Virgen que no es contemplada por el poeta en sus distintos misterios, sino sobre todo en el de su maternidad virginal: aquí radica el quicio de su función mediadora en favor de la humanidad.

El autor ve en la Virgen —secundaria y dependientemente de Cristo— la realización de todas las figuras, el cumplimiento de todas las profecías, la plasmación de la nueva creación de Dios. La Virgen por sí sola «agota» la obra de Dios como Cristo pero en un plano secundario y dependiente de El.

En este sentido, el himnólogo-cantor permanece fiel a la teología mariana de los primeros siglos de la Iglesia que ha resaltado con predilección la maternidad celestial de la Señora⁵². Desde la primera estrofa en que se celebra la nueva creación de Dios hasta la obertura final del himno alabando a la que es «digna de toda loa, Madre santa del Verbo (cunctis laudibus honoranda Mater, quae

48 *Akathistos* I, 6-9.

49 *Akathistos* VII, 16-17.

50 *Akathistos* XIII, 16.

51 *Akathistos* XV, 14-15.

52 D. Barsotti, op. cit., pp. 17-18 y ss.

sanctorum omnium sanctissimum Verbum peperisti)⁵³, la figura inicial del Paraíso se enriquece y arborifica en una cascada de metaforas audaces y coloristas. El significado sin embargo es coherentemente unitario. La Virgen es el nuevo Vergel que acoge al nuevo Adán plasmado de su tierra pura para donarlo al mundo. Así la nueva creación es de forma indivisa «Cristo-María». Por eso es astro radiante que ilumina al Día: «Ave estrella que nos manifiestas al Sol. Ave regazo del Dios que se encarna. Por Ti la creación se renueva»⁵⁴.

En la línea argumental que la asocia al misterio de Cristo, el *Akathistos* celebra con alborozo tres grandes misterios: la virginidad en sí, la maternidad divina, la unión nupcial de María con Cristo. Ella es la Madre, la Virgen y la Esposa por antonomasia, pero es Esposa y Madre de Cristo mediante la virginidad y por la virginidad. Virgen precisamente para ser Esposa. Virgen para ser Madre con una divina maternidad⁵⁵.

María realiza la creación entera porque el cumplimiento de su vocación inigualable exige una virginidad íntegra e incontaminada.

Aquí radica la razón profunda que convierte a María-Virgen en tipo y modelo de toda alma fiel: porque la primera virginidad corresponde a la fe que es perfecta cuando la adhesión total a Dios transfigura también al cuerpo, elevándolo y uniéndolo a Dios. Esta cordenada es una de las claves para comprender el *Akathistos*.

Nos interesa subrayar el especial énfasis del poeta-teólogo para ensamblar tres términos que son verdaderas piedras angulares en la perfecta arquitectura del himno: *Theotókos*, Madre de Dios, *Parthénos*, Virgen y *Nymphe*, Esposa.

Pero obsesionado con el don de la virginidad que configura y sella toda la personalidad de María de Nazaret, no se atreve a emplear el término de *Esposa* (*Nymphe*) sin añadir el de su privilegiada o excepcional condición: *innupta*, *inviolata*, (*anymfeute*), es decir «Esposa y Virgen: jaire, *Nymphe anymfeute*, *Sponsa innupta* que es el estribillo conclusivo de las doce sartas o grupos de aclamaciones iniciadas con el gozoso «jaire» y terminadas con el entusiasta saludo de alabanza: «Ave, esposa virginal».

El misterio global «Cristo-María» aparece vivamente escenificado en la mente inspirada del autor, pero con nexo operativo de dinamismo conjunto. María en plano distinto e inferior al de Cristo, actúa como El, media como El, salva como El. El mundo de la culpa y de la condena del cual todos somos partícipes y tributarios, se une en radical antítesis al mundo de la restauración salvadora a la cual hemos sido llamados⁵⁶.

53 *Akathistos* XXV, 1.

54 *Akathistos* I, 14-16.

55 Cf. D. Barsotti, *ibid.*, p. 19.

56 Cf. E. Toniolo, *art. cit.*, p. 30.

María en el misterio de Cristo es Medianera de reconciliación salvífica. El autor del *Akathistos* lo expresa repetidas veces de múltiples modos:

— Salve, celeste escalera que Dios ha bajado, Salve oh puente que llevas los hombres al cielo⁵⁷.

— Salve, por Ti exultan los cielos con la tierra⁵⁸.

— Salve, eficaz flagelo de la turba infernal⁵⁹.

— Salve, oh mar que sumerge al cruel enemigo⁶⁰.

Es verdad, por tanto, que toda doctrina revelada encuentra en María su mejor resumen y síntesis. La humanidad redimida verá siempre en Ella a una virginal Madre salvadora. No caben hipóboles cuando se contempla su función materna de mediación soteriológica. Resulta, en consecuencia, obvio, que el poeta se extasía arrobado en su encomiástica letanía donde las súplicas ceden su puesto a las alabanzas.

2. EL MISTERIO DE MARÍA OPERANTE EN LA IGLESIA

Demos un paso más buscando la imagen más perfilada de María como Madre de reconciliación. No podremos soslayar forzosas repeticiones porque ni el himno ofrece argumentos explicativos, ni es un sermón doctrinal. Ya lo advertimos: simplemente propone una profesión de fe mariana de forma contemplativa y con finalidad laudatoria. Dentro de la densa conexión de aclamaciones litánicas sin «ora pro nobis», el análisis debe apoyarse en la riqueza de los asertos, la frondosidad de las figuras y la concatenación de las loas.

Pensamos que es el método más apto para descubrir y apreciar su contenido. El misterio de María operante en la Iglesia es una consecuencia derivada de su asociación al misterio del Verbo encarnado. Así en cuanto *Socia Redemptoris* está presente y actuante en la obra reconciliadora y eclesiológica de Cristo. Inseparablemente unida, como Madre de la Cabeza y de los miembros, o sea del Cuerpo Místico.

Pero ya apuntamos que la antítesis restauradora frente al pecado del paraíso no viene expresada por la doble relación «Adán-Cristo» y «Eva-María», tan querida de Ireneo, sino en la relación «Cristo-María» y humanidad indigente de redención salvadora⁶¹.

Y dentro de esta visión dinámica se inserta el papel de los ángeles que admiran el prodigio de una Virgen-Madre y de un Dios

57 *Akathistos* III, 10-11.

58 *Akathistos* VII, 10.

59 *Akathistos* III, 13.

60 *Akathistos* XI, 10.

61 Cf. E. Toniolo, *art. cit.*, p. 30.

hecho hombre⁶², en contraposición con la turba diabólica que ve con terror la destrucción de sus planes⁶³. María, según la escenificación dinámica del himno, está presente en los orígenes de la Iglesia naciente, en la fase trascendente de nuestra regeneración bautismal, en los misterios sacramentales.

Conviene tomar conciencia de esta presencia que le hace intervenir como Madre, para poder justipreciar el valor de su mediación esencialmente reconciliadora. Desde la estrofa XIII, comienzo de la parte dogmática, se despliega el abanico del misterio donde María, virgen divinamente fecunda, aparece recomponiendo el plan de Dios roto en el paraíso.

El texto de Gén. 3, 6-11 es asumido por el poeta-cantor para exaltar la reintegración operada por medio de María, nueva Madre. Ella ostenta una maternidad divina porque es verdadera *Theotokos*, tema grandioso que concentró las introspecciones y disputas del siglo v⁶⁴, misterio-puente que nos permite conocer el misterio todavía más grande del Verbo Encarnado.

Maternidad virginal que armoniza por singular privilegio las dos prerrogativas más bellas y opuestas de la mujer cuales son la virginidad y la maternidad: *Ave quae contraria in unum conciliasti. Ave quae virginitatem et partum coniunxisti*. Salve, sólo Tú has unido dos cosas opuestas. Salve, sola Tu eres a la vez Virgen y Madre⁶⁵.

Se trata de una maternidad salvadora. Fue necesario que Dios tomase carne de María para poder salvarnos, aboliendo el pecado y abriendo las puertas del cielo a fin de introducirnos en la posesión del Reino de Cristo, pudiendo así participar de los bienes eternos: *Ave, clavis regni Christi. Ave, spes aeternorum bonorum*⁶⁶.

Pero veamos más en concreto, el influjo operante de la Virgen-Madre en el triple campo señalado anteriormente. Se halla presente en la primigenia andadura de la Iglesia, puesto que el *Akathistos* la contempla en el mismo nacimiento de la fe cristiana, en el anuncio evangélico de los apóstoles, en la valiente confesión de los primeros mártires.

Es el tema de la estrofa VII cuyo eje gira en torno al texto lucano 2,8-10 sobre la adoración de los pastores. El poeta recibe inspiración de este pasaje para ensalzar la misión de María en la iglesia primitiva. Sobre un bien trabado fondo bíblico-pastoral se van entrelazando las líricas aclamaciones. Es importante resaltar cómo en el misterio festivo de la Natividad palpita ya el misterio doliente de la Pasión: «Salve, nutriz del Pastor y Cordero (Agni et Pastoris Mater); Salve aprisco de fieles rebaños»⁶⁷.

62 *Akathistos* I, 3-5; III, 13; XIX, 12.

63 *Akathistos*, III, 13; VII, 16.

64 Cf. J. Castellano, op. cit., pp. 53-55.

65 *Akathistos* XV, 12-13.

66 *Akathistos* XV, 16-17.

67 *Akathistos* VII, 6-7.

Dentro de esta concepción, la Virgen Madre de Cristo —Cordero y Pastor— es asemejada, como la Iglesia de la cual es figura, a un aprisco cerrado donde los fieles encuentran toda suerte de refugio y defensa. Compartiendo con su Hijo los oficios pastorales, Ella es la guía, protección y auxilio del nuevo Israel: «Ave, barrera a las fieras hostiles. Ave, ingreso que da al paraíso»⁶⁸.

Su defensa es plenamente eficaz y equivale a una perenne victoria frente a cualquier peligro, especialmente contra las potestades infernales: «Salve, anulaste a Satán seductor de las almas»⁶⁹. Está presente en la predicación del kerigma, y en la indómita fortaleza de cuantos confesaron a Cristo con la efusión de su sangre: «Salve, boca de los apóstoles que nunca enmudece, fuerza de mártires a quienes nadie somete»⁷⁰.

Así desde los albores de la Iglesia, Ella cumple sus funciones maternas, a semejanza del Buen Pastor con cuya Persona y Obra salvífica permanece unida de modo indisoluble. Protectora de enemigos invisibles, defensora de cualesquier asalto, auxiliadora en todo peligro, conductora en todos los caminos. Toda la vida del pueblo cristiano desde sus vagidos iniciales se halla en perpetua dependencia de este amparo materno, firme, seguro, eficaz e indefectible.

El feliz redactor del himno acentúa una idea muy familiar a los Padres y Liturgistas orientales de su época y ambiente: presencia de María en los orígenes de nuestra regeneración bautismal, no únicamente mediante su ejemplaridad sino además en virtud de una causalidad real⁷¹. El paralelismo y comparación entre el seno de María con la fuente bautismal así como el nacimiento virginal de Cristo, con nuestra regeneración sacramental por el agua y el Espíritu Santo, es un tema patrístico que Cirilo, Proclo y Teodoto tratan con predilección, aunque había sido introducido en el siglo II.

Estando enraizado en la teología mariana del siglo V, no podía ignorarlo nuestro autor anónimo. La Virgen es modelo y causa de toda regeneración, única puerta que nos introduce en la salvación e iniciadora de todo nuestro proceso conversional. Es Madre de la Iglesia que nace, ya que al ser la *Theotokos*, es por la misma razón Madre de luz que ilumina a todo hombre: *Ave auctrix spiritualis reformationis, Ave divinae bonitatis ministra*, Salve iniciadora de nuestra regeneración espiritual, dispensadora de las divinas bondades⁷².

Derivando el himnógrafo su teología de una exégesis espiritual del Antiguo Testamento, resulta obvio para él que la Escritura sea una continua figura de María Santísima, como lo es primariamente

68 *Akathistos* VII, 8-9.

69 *Akathistos* XIX, 12.

70 *Akathistos* VII, 12-13.

71 Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 31.

72 *Akathistos* XIX, 8-9.

de Cristo. Esta exégesis se perfecciona con alusiones al Evangelio de S. Juan (Cps. 1,9 y 9, 1-11) sobre la iluminación y la purificación en la piscina de Siloé, símbolo de Cristo y de la fuente bautismal: Ave, Tu eres figura de piscina saludable. Ave, Tu limpias las manchas de nuestros pecados. Ave, oh puente que lavas las almas»⁷³. Ella pues, interviene místicamente en nuestra regeneración —paliggenesía—, colaborando en la purificación sacramental del bautismo para devolvemos al Señor como criaturas nuevas. Al ejercer esta función maternal se convierte en «unión de los fieles con Cristo: *quae fideles aptas Domino*»⁷⁴.

Está presente también en los demás misterios sacramentales que completan nuestra iluminación sobrenatural realizada íntegramente en los ritos de la iniciación cristiana. De aquí la referencia en el poema, a los tres grandes sacramentos: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Se sigue con fidelidad e identidad el pensamiento patristico, poniendo de relieve la dependencia causal entre los misterios de iniciación y la maternidad divina. Si la Virgen es «regazo o tálamo de nupcias virginales»⁷⁵ se debe a que las relaciones sponsalicias que el Verbo contrajo con la humanidad en su purísimo vientre, al encarnarse, se perpetúan en todos los fieles mediante los ritos de la iluminación.

Esto justifica el saludo exultante del poeta: «Salve, Tu conduces al Esposo las almas»⁷⁶. Cristo en efecto, nos lava en el bautismo, nos unge en la Confirmación, nos alimenta en la Eucaristía. Otras tantas funciones realiza María desde su vertiente materna, porque Cristo Salvador y Santificador ha nacido de Ella: «Salve, fragancia de unguento de Cristo, oh vida del sacro banquete»⁷⁷.

Cristo es luz verdadera que ilumina a todo hombre, pero esta luz fue encendida por María «columna de fuego y guía en tinieblas: *igneae columna, quae degentes in tenebris dirigit*»⁷⁸. Ella es luz reflejada, pero «Madre del Sol sin ocaso»⁷⁹.

Cristo es fuente inagotable de la que brota la salvación mediante los canales sacramentales de la gracia. Pero María está muy cercana al manantial divino y nos ayuda a beber las aguas de la salud eterna. En comunión con la Virgen, las almas son vigorizadas con la fragancia del perfume de Cristo, y su cuerpo eucarístico. Ella, dándonos al Maná verdadero y sirviéndonos el manjar de delicias⁸⁰, está presente y actuante en las grandes fases de nuestra vida espiritual, colaborando en su ulterior desarrollo.

73 *Akathistos* XXI, 12-14.

74 *Akathistos* XIX, 15.

75 *Akathistos* XIX, 14.

76 *Akathistos* XIX, 17.

77 *Akathistos* XXI, 14-15.

78 *Akathistos* XI, 12.

79 *Akathistos* IX, 6.

80 *Akathistos* XI, 14-15.

Con toda razón, por consiguiente, puede exclamar nuestro poeta, refiriéndose a la grandiosa mediación de María Virgen y Madre: «Salve, surgieron de Tí luminosos misterios. Salve, brotaron de tí caudalosos arroyos»⁸¹. Todo esto es verdad, como propone en la estr. XXI, porque María es mística fuente en la que el bautizado es sumergido, como el ciego en la piscina de Siloé. Es la copa que vierte el agua sobre su cabeza y lo colma de alegría al renovarlo⁸². Es la esencia perfumada con la cual se compone el unguento crismal que es Cristo, y es la vida del banquete eucarístico, puesto que son suyos el Cuerpo y la Sangre que el Verbo Encarnado nos ofrece como garantía de vida eterna y resurrección gloriosa. A grandes rasgos hemos perfilado el misterio operante de María en la Iglesia, y en los ritos de iniciación cristiana.

Está presente y «casi inmanente»⁸³ en los sagrados misterios. Es la presencia misteriosa de Caná de Galilea, y junto a la Cruz en el monte Gólgota que comenzó con el «fiat» de Nazaret. Aquí subyace escondido el fundamento de su misión reconciliadora, la base de todas las mediaciones salvíficas, y de su poderosa intercesión: *Jaire, ōti tōn polyphoton anátelleis photismōn* (splendorem emittis multiplicem). *Jaire ōti ton polyrryton anablydseis potamōn* (flumen effundis multifluum)⁸⁴.

De su múltiple esplendor divino y de sus tesoros multiformes y abundantes, nos beneficiamos efectivamente, todos los redimidos.

3. MARIA MEDIANERA DEL PUEBLO DE DIOS PEREGRINO

Además de lo dicho en el *Akathistos*, entendido siempre su lenguaje simbólico y místico dentro del encuadramiento y dimensiones del misterio de Cristo⁸⁵, hay otra perspectiva de mediación mariana que afecta a todo el Pueblo de Dios peregrinante y que es una obvia consecuencia de los aspectos ya considerados. El Himno inscribe a la Virgen en un marco, habitual en su tiempo, en el que la tipología cristológica y espiritual del Exodo había sido incorporada y asimilada por la tradición patristica⁸⁶.

Es importante anotar este dato para no minusvalorar lo que el autor nos dice. El tema de la estrofa undécima se mueve en el episodio de la fuga a Egipto que nos narra Mateo⁸⁷, pero los apócrifos de la infancia del Señor, en particular el pseudo-Mateo⁸⁸ han envuelto el hecho histórico en un halo legendario: al entrar la Virgen con

81 *Akathistos* XXI, 10-11.

82 *Akathistos* XXI, 15.

83 Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 31.

84 *Akathistos*, XXI, 10-11.

85 Cf. E. Toniolo, art. cit., nota 35.

86 Cf. E. Toniolo, art. cit., p. 32.

87 II, 13-15.

88 Caps. 22-24.

su Hijo en un templo de Egipto, los ídolos caen pulverizados. Esta liberación idolátrica queda unida en el poema a la antigua liberación del pueblo de Israel y a su viaje hacia la tierra prometida⁸⁹.

Aquí radica la simbología ya consagrada por la primitiva tradición sobre la Iglesia peregrina hacia la Patria eterna, y el itinerario espiritual en cada creyente que en diferentes estadios de transición camina al encuentro de Cristo⁹⁰.

Nuestro cantor expresa, como era de esperar, estas funciones liberadoras de María: «Tú has hecho huir las tinieblas del paganismo difundiendo en Egipto el esplendor de la verdad»⁹¹. Y tras este pórtico usa en seguida la tipología del Exodo para describir nuestro camino hacia la tierra de Promisión: «Salve, oh mar que sumerges al Faraón espiritual. Salve, oh Roca que sacias a los sedientos de vida. Salve, columna de fuego que guías a quienes están en tinieblas. Salve, amplísima nube que cubres el mundo»⁹².

La columna de fuego nocturna y la nube diurna, el maná del desierto y el agua borbotante de la Roca del monte Horeb son figuras aplicadas a María, *terra promissionis ex qua fluit mel et lac*⁹³.

He aquí el nuevo Exodo liberador protagonizado por la Virgen en el cual se cumplen viejas profecías haciendo de Ella un misterio de escondimiento, humildad, dolor y pobreza, unido todo ello en el mismo designio salvífico a la debilidad o kénosis del Siervo doliente de Yavé.

En la estrofa XVII la simbología es distinta a través de imágenes marineras en cebo que atrae, en árgana que levanta el peso, en faro que ilumina, en navío que transporta, en puerto seguro que acoge a cualquier naufrago.

El haz de metáforas concluye: «Salve navío del que ama salvarse. Salve oh puerto del mar de la vida, «navis servari cupientium, portus in hac vita navigantium»⁹⁴. La fantasía poética del autor busca y encuentra bellos símiles para persuadirnos que si Cristo además de camino, es meta de nuestra peregrinación, María que lo posee como nadie, nos garantiza la feliz arribada: *Jaire'e kleis tēs Kristou Basileias, Ave clavus Regni Christi*⁹⁵.

Es preciso insistir en una observación ya hecha: en las aclamaciones marianas que vienen a ser, dentro del himno, como la osamenta sustentadora de la teología propuesta, el autor se complace en sintetizar mediante frases concisas una rica y vasta doctrina.

89 Ccf. Exodo 2, 17; 14, 19-28.16-31.

90 Cf. J. Castellano, op. cit., p. 50.

91 Akathistos XI, 1-2.

92 Akathistos XI, 10-13.

93 Akathistos XI, 16-17.

94 Akathistos XVII, 16-17.

95 Akathistos XV, 16.

Mas esta doctrina no puede comprenderse fuera del contexto patristico de su tiempo⁹⁶.

Por lo demás no basta decir que el Akathistos enseña la mediación en sentido de *causalidad mediata*, puesto que alude en varios pasajes de forma inequívoca a una causalidad personal de María. Junto a expresiones e imágenes que presentan a María como fuente inagotable de vida divina, se dan otras que reclaman su intervención personal en favor de la Iglesia peregrinante, tanto en su defensa cuanto en su asistencia, nutrición y guía.

Las estrofas VII y XI constituyen una prueba de este claro sentido de mediación donde la Madre aparece como la incansable auxiliadora de todos sus hijos. Es recinto o aprisco de las ovejas espirituales, barrera frente a enemigos invisibles⁹⁷. Es columna de fuego conductora, Roca-Fuente que sacia toda sed, árbol frondoso bajo el cual todos se cobijan y reparan sus fuerzas⁹⁸.

Es cierto que hay dos aspectos de la mediación mariana consagrados por la tradición que recoge el Himno. Nos referimos a las relaciones de María Virgen con las vírgenes y a la protección dispensada sobre el Imperio cristiano⁹⁹. No nos detenemos a examinar ambos interesantes aspectos.

Sea suficiente advertir, a modo de recapitulación, que nuestro poeta canta a María en su virginal maternidad presentándola como iniciadora, causa, sustento y nutriz del estado virginal donde remedia la vida angélica y se consuman las místicas nupcias con el Verbo. En efecto, la nueva creación que encarna María es el Paraíso divino puesto que en Ella, árbol inmortal e incorruptible, se anticipa la vida futura. Su perfecta virginidad se identifica por los Padres con su inmaculada santidad.

Las vírgenes cristianas encuentran en Ella su acabado modelo, su completa defensa y constante auxilio: «*Ave, flos incorruptibilitatis, corona continentiae quae typum resurrectionis praemonstrat, quae angelorum vitam rapraesentat*»¹⁰⁰.

Es quizá la estrofa XIX la que más resalta la mediación universal de la Virgen. Sus privilegios devienen motivo de total confianza en su auxilio materno. Dios se los otorgó, en última instancia por nosotros y los posee para nosotros en función de toda la Iglesia. Las vírgenes participan singularmente de esta mediación: *Ave columna virginitatis... auctrix spiritualis reformationis. Ave, speciosa Virgo*

96 Observa Toniolo: «Altrimenti i concetti che l'inno esprime parrebbero irreali ed assurdi, specialmente a una mentalità occidentale meno abituata al linguaggio simbolico e mistico; mentre sono assolutamente veri, se inquadrati e capiti nelle dimensioni del mistero di Cristo» (art. cit., nota 35).

97 Akathistos VII, 7-8.

98 Akathistos XI, 13 y XIII, 11.

99 Cf. E. Toniolo, art. cit., pp. 33-35.

100 Akathistos XIII, 6-9.

virginum altrix, sanctarum animarum pronuba, es decir, Tú, María, que adornas como esposa a las almas santas¹⁰¹.

Ensalza también el *Akathistos* a María en cuanto glorioso orgullo de sacerdotes piadosos, Alcázar inexpugnable de la Iglesia y baluarte firmísimo del Imperio: *Ave, Ecclesiae turris inconcussa, regni murus inexpugnabilis*. Por Ella enarbola la Iglesia sus trofeos y sucumbe el adversario¹⁰².

Se trata de un cuadro muy expresivo de la mediación de María hacia el pueblo cristiano tal como lo representaba la tradición bizantina. Es indubitable que las aclamaciones más numerosas del Himno están dedicadas a engrandecer la parte relevante que tuvo María en la Redención y la que sigue teniendo en la vida divina de los miembros del Cuerpo Místico¹⁰³, es decir en todos y cada uno de los fieles. Veamos algunas entre el prolijo repertorio:

- Salve, oh puente que llevas los hombres al cielo¹⁰⁴.
- Salve, la que iluminas la mente de los fieles¹⁰⁵.
- Salve, porque preparas el puerto de las almas¹⁰⁶.
- Salve, por quien hemos sido revestidos de gloria¹⁰⁷.
- Salve, la que iluminas a los iniciados en la Trinidad¹⁰⁸.
- Salve, guía de la templanza de los fieles¹⁰⁹.
- Salve, enderezo de los hombres sobre la recta vía¹¹⁰.
- Salve, nave de los que quieren salvarse y puerto de los que navegan en la vida¹¹¹.
- Salve, resplandor que iluminas a las almas¹¹².
- Salve, la que quitas las manchas del pecado y fuente que lavas la conciencia¹¹³.

Omitiendo otras frases afines, fijémonos en dos versos donde el autor anónimo, define con brevedad lo que significa para él María:

101 *Akathistos* XIX, 6-8; 16-17.

102 *Akathistos* XXIII, 11-15.

103 I. Ortiz de Urbina, art. cit., p. 16.

104 *Akathistos* III, 11: «Ave, pons terrigenas ad caelum deportans».

105 *Akathistos* III, 17: «Ave quae fidelium mentes illuminas».

106 *Akathistos* V, 13: «Ave, quoniam praeparas portum animarum».

107 *Akathistos* VII, 17: «Ave per quam induti sumus gloria».

108 *Akathistos* IX, 9: «Ave quae Trinitatis arcana addiscentes illuminas».

109 *Akathistos* IX, 16: «Ave, fidelium temperantiae gubernatrix».

110 *Akathistos* XI, 6: «Ave, hominum erectio».

111 *Akathistos* XVII, 16-17: «Ave, navis servari cupientium... portus in hac

vita navigantium».

112 *Akathistos* XXI, 3: «Ave, fulgor animas illustrans».

113 *Akathistos* XXI, 13: «Ave, quae sordes tollis peccati... pelvis abluens conscientiam».

medicina eficaz del cuerpo y salvación inmortal del alma. Así resume humildemente sus relaciones con la Virgen y la acción salvífica que ejerce en cada creyente llamándola «medicación de mi cuerpo y salvación de mi alma»: *Jaire jrōtos tou emou therapēia, Jaire psychēs tes emēs sōteria*¹¹⁴.

En realidad, la última estrofa con sarta de «aves» que es la XXIII, resume todas las alabanzas como apoteosis final. Celebra lo que María es, hace y significa para cada cristiano que le permanece fiel. Cuando nuestro poeta canta a la Virgen como Tabernáculo del Verbo Divino —«más grande que el gran Santuario»— porque es el Arca viviente revestida de oro por el Espíritu Santo¹¹⁵, está condensando las razones de su mediación universal como deber urgente de la maternidad espiritual.

Esta doctrina es el preludeo de la etapa mariológica del siglo VIII en la que habrá de madurar hasta alcanzar un gran desarrollo. La Madre de Dios aparece en el *Akathistos* como el corazón mismo del universo¹¹⁶. Todos los misterios de la redención parten en cierta medida de Ella, y todos los latidos de la Iglesia convergen en su Persona a través de la cual, el cristiano se encuentra con Dios.

4. FUNCIONES SALVIFICAS DE MEDIACION MATERNAL EN LA LINEA DOCTRINAL DE BASILIO DE SELEUCIA

Para completar el panorama que venimos ofreciendo sobre María reconciliadora y medianera en el *Akathistos*, deseamos señalar a manera de rápido *excursus* una de las fuentes inspiradoras del inmortal poema bizantino. Nos referimos a Basilio Obispo de Seleucia en Isauria, personaje importante y discutido dentro del marco del Concilio Calcedonense.

El último dato cierto sobre su vida nos lo proporciona una carta del Emperador León I, del año 458 pidiendo su parecer sobre el valor del citado concilio y sobre la situación del Patriarca monofisita Timoteo Eluro¹¹⁷. Su obra literaria participa del fondo claroscuro que caracteriza su personalidad histórica. Aunque la autenticidad de sus escritos editados por Migne¹¹⁸, ha estado sujeta a las más variadas críticas, Bardenhewer¹¹⁹ y Caro¹²⁰ retienen la autenticidad

114 *Akathistos* XXIII, 16-17: «Ave, corporis mei medela... animae meae salus».

115 *Akathistos* XXIII, 6-8: «Ave tabernaculum Dei et Verbum... sancta sanctis maior... Arca Spiritu deaurata».

116 D. Barsotti, op. cit., p. 78.

117 Cf. O. Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur* III, p. 361. Citado por R. Caro, *ibid.*, p. 61.

118 PG 85, 28-617.

119 Cf. O. Bardenhewer, 'Gegen Homilie XXXIX... sind wohl mit Unrecht Bedenken erhoben worden', op. cit., p. 302.

120 Cf. art. cit., pp. 60-86.

de la famosa Homilía XXXIX sobre la Santa Madre de Dios, *in sanctissiman Deiparae annuntiationem*¹²¹. Puede datarse hacia el 449 bastantes años antes de la muerte de Basilio de Seleucia, en fecha incierta, pero con seguridad muy posterior al probable año señalado para la homilía.

El hecho de ser la única homilía mariana dentro de la obra de Basilio, hace muy difícil establecer una comparación analítica. Sin embargo en el estudio estilístico de Fenner¹²², dicha homilía encuentra su lugar adecuado dentro del *corpus* basiliano, sin que se aprecien especiales disonancias. Dejando para los estudiosos otras consideraciones y aspectos, conviene advertir lo que Maas y otros autores, expertos en poética bizantina, han puesto de relieve: los paralelismos literarios con los *Kontakion* de Romano el Melode y los textos de mayor paralelismo con el *Akathistos* cuyo influjo en ambos autores es innegable¹²³.

Los lugares paralelos que muestran la clara dependencia del *Akathistos* con relación a la Homilía XXXIX de Basilio de Seleucia, han sido fijados por Toniolo en las estrofas 1, 2 y 15¹²⁴. Ya hicimos notar que esta evidente dependencia literal sirvió a los críticos para establecer el *terminus a quo* de la composición del himno que oscila hacia la mitad del siglo v.

Nos interesa ver en qué sentido conectan y se insertan las funciones salvíficas de mediación maternal propuestas en el *Akathistos* con la línea doctrinal de Basilio de Seleucia. Ante todo debe afirmarse que el aspecto de la mediación se encuentra tímidamente formulado en el Obispo de Isauria.

El eje doctrinal de la Homilía XXXIX es el misterio de la maternidad divina de María cuyo fundamento teológico se halla en la existencia de un Dios unitrino, infinitamente compasivo, y en la libérrima encarnación del Verbo para redimir perfectamente al hombre¹²⁵.

En el cuerpo del panegírico apunta como débil bosquejo la función mediadora de la *Theotókos*, cuando Basilio invoca el auxilio de la *Deipara* suplicando su misericordia y luz divina para tratar dignamente del parto virginal.

Después del comentario a Lucas 1,28 concluye con una exhortación a los presentes para alcanzar, por la intercesión de la Madre de Dios, la gracia de la caridad mutua, de la unidad, de la deposición

121 La Homilía XXXIX es conocida por el *Incipit* «Megálas ton enkomion»: PG 85, 425-52.

122 *De Basilio Seleucensi quaestiones selectae*, p. 10 (cit. por R. Caro, *ibid.*, p. 78).

123 Cf. P. Maas, 'Das Kontakion', en *Byzantinische Zeitschrift* 19 (1910) 298-308 (cit. por E. Toniolo, *ibid.*, p. 13).

124 Cf. E. Toniolo, *art. cit.*, p. 12, nota 14.

125 PG 85, 429 C - 433 D.

de los odios, de la defensa sincera de la fe cristiana¹²⁶. ¿En qué sentido es tributario de Basilio nuestro Himno, dentro del aspecto mariano que hemos afrontado?

Los textos de dependencia no arrojan demasiada luz. Así en la estrofa primera, recoge la deseada antítesis: «Ave por quien resplandecerá el gozo y por quien cesará la maldición, eclipsándose la pena»¹²⁷. En la estrofa segunda el autor hace dar al arcángel esta respuesta de la Virgen, casi con los mismos términos de Basilio: «La paradoja de tus palabras suena incomprensible en mis oídos»¹²⁸. En la estrofa décimoquinta, la igualdad conceptual es notable: «En su plenitud habitó entre los hombres pero permaneció también en los cielos el Verbo Infinito, puesto que el divino descenso aconteció sin cambio de lugar»¹²⁹.

En los tres pasajes el influjo y dependencia son evidentes. En el primero por la procurada antítesis «jará - árá. En el segundo por la homofonía contrapuesta «paradoxón-dysparádektion». En el tercero por la repetición literal de las mismas expresiones «synkatábasis deike-metábasis topiké». Sin embargo las tres frases tomadas de Basilio tienen escasa relevancia para el aspecto doctrinal de la mediación, y a excepción de la primera nos dicen muy poco. Con todo, son un indicio suficiente del engarce doctrinal que une a nuestro autor con el Obispo de Seleucia.

Por otra parte, el pensamiento mariológico de la Homilía XXXIX refleja una dependencia de Proclo tanto en el desarrollo de las ideas cuanto en la frecuente invocación a la *Deipara*. Se trata de la maternidad virginal, aspecto predilecto de la mariología procliana que Basilio ilumina con matices propios, siendo generoso en el empleo del título de *Parthénos* ya sea solo, ya unido al de *Theotókos*¹³⁰.

El paralelismo doctrinal entre el *Akathistos* y Basilio aparece en el modo de presentar ambos autores la maternidad divina de María. El tema característico de Basilio es exponer el oficio que desempeña María en el plan salvífico. Fundamentalmente, Ella es el paraíso en el cual está plantado el árbol de la vida y del cual fluyen los cuatro rios evangélicos¹³¹.

Es el Arca que encierra en sí no el maná del desierto sino el pan celestial de vida otorgado a los creyentes¹³². En Ella se ha can-

126 PG 85, 449 B a 452 B.

127 *Akathistos* I, 6-7: «Ave, per quam splendet laetitia, ave per quam deficiet maledictum».

128 *Akathistos* II, 3-4: «Admiranda vox tua meo animo perceptu difficiliter videtur».

129 *Akathistos* XV, 1-4: «Totum erat in inferioribus et a superioribus neutiquam aberat incircunscriptum verbum; descensio enim divina, non vero transmigratio localis fuit...».

130 *Ibid.*, 437 A 14; 440 B 6; 445 C 5; 452 A 7: Cf. R. Caro *art. cit.*, pp 82 ss.

131 *Ibid.*, 444 A.

132 *Ibid.*, 449 B.

celado la nota de cargo o acta acusadora que nos hacía réprobos —*to tes amartias jeroigrafón*— (Col. 2, 14) realizándose el misterio de la reconciliación mediante la muerte de Cristo en la cruz¹³³.

Basilio da un paso adelante sobre la línea de Proclo: Si Pedro ha sido llamado bienaventurado por haber confesado a Cristo, ¡cuánto más gloriosa es María por llevarlo en su seno! Concluye así Caro: Tenemos pues por vez primera en la homilética del siglo V la nitida formulación de uno de los principios marianos más fecundos. El estrecho vínculo de la maternidad del Verbo determina un cúmulo de gracias de excelencia sobre el resto de las criaturas¹³⁴.

La convicción del vasto poder concedido a María sugiere a Basilio expresiones de función medianera, mientras se ve estimulado a pedir confiadamente la ayuda eficaz de la Deípara y la gracia de la caridad mutua, ya que su intercesión es más poderosa que cualquier otra¹³⁵.

Hay que subrayar que el pensamiento basiliano marca un avance definitivo desde la concepción primordialmente instrumental del oficio salvífico de María, basada en la maternidad del Redentor hasta el campo directo de la intercesión radicado en su prerrogativa de Madre de Dios¹³⁶. Dentro de la esfera de Cristo Redentor, Ella actúa en íntima dependencia con su Hijo. Y precisamente de esta sobria doctrina mariológica estructurada por Proclo, Basilio de Seleucia y otros autores de la primera mitad del siglo V, arranca el autor del *Akathistos* para profesar su ardiente fe mariana, sobre todo en el aspecto de mediación reconciliadora y santificante.

Sin duda, la temática mariana de la época encuentra en nuestro poema una clara línea de conexión evolutiva¹³⁷. Toda la teología sobre las funciones salvíficas de mediación mariana pueden sintetizarse en tres aspectos medulares:

a) María mediante su vida virginal reconcilia a los hombres con Dios.

b) Mediante el continuo ejercicio de su maternidad espiritual prolonga sin cesar su solicitud sobre todos los fieles, defendiéndolos del demonio y acompañándolos hasta el paraíso.

c) María mediante su maternidad deviene para todos fuente perenne de gracias, ayudando a todos los creyentes en la salud del cuerpo y del alma¹³⁸.

133 Ibid., 437 C; 448 B.

134 R. Caro, *ibid.*, p. 85.

135 Ibid., 449 B.

136 R. Caro, *art. cit.*, p. 85.

137 Cf. VII, 9; XV, 15; XIII, 10-11; XXI, 14; XI, 14-15; XXIII, 8; XI, 16-17; XXI, 17.

138 Cf. E. Toniolo, *art. cit.*, p. 37.

IV.—REFLEXION CONCLUSIVA

Después de lo dicho, sólo hubiera restado el punto final. Añadamos una breve reflexión como colofón o epílogo.

Como afirmamos al principio, el himno *Akathistos* es, sin posible parangón, un poema singular, o sea único. Muchas razones mariológicas abogan por su carácter excepcional. Algunas quedaron expuestas. Otras, solamente insinuadas.

Pensamos que nuestro himno merece atención continuada, en una correlación comparativa con varias fuentes de la mariología oriental, en el marco de su época.

Desde el punto de vista dogmático la Virgen aparece en el *Akathistos* como Madre de reconciliación. De esto no puede haber la menor duda, y creemos que quedó expuesto en nuestro estudio de modo suficiente. Desde una vertiente devocional o de piedad mariana, registramos con gusto la importante observación del P. Ortiz de Urbina: la preferencia por la forma encomiástica y la ausencia casi completa de súplicas en los primeros panegíricos de la Virgen hasta el siglo VI.

Y esto implica dos actitudes culturales: 1ª) lo principal es admirar y enaltecer las glorias y privilegios de la Madre de Dios, rindiéndole el debido homenaje; 2ª) presentada la ofrenda devocional de alabanzas, basta una breve súplica para asegurarnos el auxilio eficaz de Nuestra Señora¹³⁹.

Tal ocurre exactamente en el documento inmortal que caracteriza desde el punto de vista mariano, la liturgia biantina-eslava. Recoge, plasma y celebra un momento privilegiado de la mariología oriental: su perspectiva es cristológica, pero su epicentro es mariano y auténtico eje inspirador de cuanto se diga más adelante sobre la Virgen en el Oriente cristiano¹⁴⁰.

Digamos finalmente que confrontado el *Akathistos* con la doctrina del Vaticano II y con el magisterio posconciliar pontificio sobre María, hallamos en común el tema «Cristo-Iglesia», con notas diferenciales secundarias. El *Akathistos* nos enseña la contemplación gozosa de nuestra filiación deiforme a través de la Madre del Señor que es Madre de reconciliación porque le fue confiada, en la «Historia Salutis», una función universal de salvación como fuente de vida y madre de gracia.

Cuando Juan Pablo II nos diga que María es Madre de misericordia porque Ella es *la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina, ya que nadie la ha experimentado como la Virgen*¹⁴¹, nos parece oír estas palabras como el eco enriquecido de

139 Cf. I. Ortiz de Urbina, *art. cit.*, p. 20.

140 Cf. E. Toniolo, *ibid.*, p. 39.

141 Carta Encíclica, *Dives in Misericordia*, n. 9.

una lejana alabanza, formulada por un teólogo-poeta y cantor anónimo:

- Ave la que iluminas la mente de los fieles.
- Ave porque preparas a las almas Asilo seguro.
- Ave, confianza de los mortales para con Dios¹⁴².

He aquí como dos visuales convergentes de dos mariologías hermanas —Oriente y Occidente— que se funden felizmente en la certeza y fruición posesivas del mismo e idéntico «Misterio de María».

María en la acción sacramental y en la vida cristiana

Por A. Bandera, O.P.